

LOS 7 CIEGOS DEL EVANGELIO

Cuando la Iglesia primitiva presentaba a Jesús, no lo hacía con fórmulas aprendidas de memoria, sino que se centraba en hechos concretos más que en teorías o doctrinas.

Los catecismos aparecieron después, cuando los cristianos dejaron de tener experiencias profundas de su fe y tuvieron que limitarse a repetir lo que otros les habían dicho o enseñado.

En los discursos de la predicación primitiva, tanto de Pedro como de Pablo, encontramos siempre tres elementos esenciales en la vida de Jesús:

- Sus milagros. - Su muerte. - Su resurrección.

Entre las curaciones, las más importantes eran aquellas en las que devolvía la vista a los ciegos.

“Abrir los ojos” era considerada la curación por excelencia. Los profetas habían dado este signo para identificar al verdadero Mesías.

Por eso cuando Jesús hizo su presentación en la sinagoga de Nazareth, declaró que había sido ungido con Espíritu Santo precisamente para abrir los ojos a los ciegos.

Por tanto, cuando Jesús cura a un ciego es una afirmación de su carácter mesiánico. Ciertamente, el milagro beneficia en directo al enfermo; pero a quien más favorece el signo es al mismo Jesús, ya que prueba que es el Mesías que había sido anunciado por las Escrituras.

De entre todos los ciegos curados por Jesús, el Evangelio nos cuenta la sanación de siete de ellos. Esta cifra es simbólica. Siete significa plenitud, totalidad. Jesús ha venido a abrir los ojos de todos los que permanecen en cualquier tipo de tinieblas.

Es el sol de justicia que nos revela la verdad completa, haciéndonos ver lo que era invisible.

Sin embargo, su luz es tan intensa que si da vista a unos, al mismo tiempo es capaz de cegar a otros. Es una espada de dos filos que hace ver a los ciegos, pero que vuelve invidentes a los que presumen de buena vista.

Jesús, luz del mundo, es un sol de contradicción que ilumina a algunos, mas trae tinieblas a los que le dan la espalda.

No hay términos medios frente a él. O frío, o caliente; pero nunca tibio. O se le acepta incondicionalmente, o se le persigue.

Por tanto, no pretendo que todos acepten el mensaje expuesto en estas líneas. Al contrario, espero que sea tan escandaloso, que no falten quienes lo rechacen y condenen; incluso, que haya quienes, irritados, cierren el periódico y escondan su cabeza como las avestruces.

Entonces sí, y sólo entonces, podré creer que he sido fiel al Evangelio, que es piedra angular y piedra de tropiezo al mismo tiempo.

LOS DOS CIEGOS DE JERICÓ Mt 20,29-34

Los caminos se hicieron para andarse; o mejor dicho, andando se hicieron los caminos. Por eso, el Evangelio nota la incongruencia de dos hombres que se encontraban sentados a la vera del sendero. Cual atletas descalificados de la competencia, se apostaron derrotados a contemplar el desfile de quienes corrían con esperanza de alcanzar un galardón en la meta. Se les habían cerrado todas las puertas y vedado todas las posibilidades, excepto la de ser mendigos.

La desgracia los había unido y la misma enfermedad los mantenía juntos. Ciertamente hubiera sido más provechoso sentarse en sendos lados de la vía. Sin embargo, ellos habían preferido compartir sus sufrimientos, aunque tuvieran que dividir las ganancias. Así, cada mendrugo de pan era siempre partido en dos, y al final de la jornada abrían la bolsa común para repartirse las pocas monedas.

Hay que notar que no sólo estaban juntos, sino profundamente unidos. La ceguera los había contagiado uno del otro y ahora les resultaba del todo imposible separarse.

La rutina de la vida y la falta de ilusión los tenían adormecidos, sin derecho a soñar; sin la alegría expectante del que confía en que el futuro será mejor.

Para ellos, la noche era interminable y no podían esperar un nuevo día; no verían el sol que despeja las tinieblas y hace emerger colores y figuras.

Pero una mañana, todo cambió. De la legendaria ciudad salió una algarabía triunfal, mientras que un victorioso desfile emprendía la marcha, pasando precisamente en frente de donde ellos se encontraban. Era el famoso Jesús de Nazareth, abanderando la paz y la felicidad.

El Evangelio aclara que "al oír ellos que Jesús pasaba", reaccionaron inmediatamente. Su fino oído les había hecho distinguir que se trataba de algo muy especial. Su alta fidelidad para escuchar los había capacitado para distinguir al Señor.

No tenían necesidad de que nadie se lo dijera. La estereofonía que viene de la fe se los aseguraba de tal manera, que no dejaba lugar a duda.

La naturaleza también había compensado la carencia visual con una potente voz, que era capaz de ser escuchada por todos los integrantes de una caravana.

Se pusieron a gritar

En esta ocasión se trataba de un acontecimiento muy singular: la multitud era demasiado grande, los aplausos interminables y el vocerío constante.

Por eso, había que hacer algo especial para ser tomados en cuenta. Como no podían ver a Jesús, optaron por tomar el camino más difícil: se harían ver por él.

En un instante se pusieron de acuerdo, tanto para levantar su voz como para unificarla. Había que superar el griterío de los vendedores, los llantos de los niños y los cuchicheos de las mujeres.

Así, cual sonido de trompeta, un clamor sonoro surcó el espacio, haciendo estremecer a más de alguno. Gritaban juntos, no sólo para ser escuchados, sino como signo de su mutua solidaridad. Cual coro armónico en sintonía perfecta, su voz vibró al unísono.

Su oración estaba compuesta por tres partes, tan cuidadosamente escogidas como perfectamente unidas y dependientes.

Señor

La primera palabra elegida era la más importante para lograr captar la atención. De este primer impacto dependería todo el éxito o todo el fracaso de su intervención.

-¡Señor...!, -gritaron con todo su corazón.

Es muy importante recordar que este título era reservado exclusivamente a Dios en el Antiguo Testamento. Por tanto, con esa expresión sólo uno podía darse por aludido. Nadie, sino el interesado, podría responder a quien lo estuviera llamando en esa forma. Por tanto, no podía haber lugar al equívoco, a pesar de ser tantos los transeúntes. Uno solo era "el Señor" entre toda esa multitud.

De esa manera, ellos reconocían la supremacía de Jesús sobre sus vidas. Era una forma explícita para entrar en su servicio. De ahora en adelante, ellos eran una pareja más de sus incondicionales vasallos. Así, se rendían absolutamente bajo el señorío del Maestro. De ese día en adelante, ya no servirían a otro que no fuera él.

Se trata de una declaración que los compromete con Jesús delante de todo el pueblo. No es un grito como quien solicita un taxi, sino el firme compromiso de rendirse y servir al Señor.

Psicológicamente hablando, no había mejor forma de ser tomado en cuenta por Jesús, que poniéndose a su servicio. La multitud se acercaba al famoso taumaturgo para pedirle favores. Todos extendían las manos para ser llenados de bendiciones.

El río humano que se acercaba al Maestro, era como avalancha que trataba de arrancarle hasta su alma. Ellos, nadando contra corriente, sabían que era ineludible el encontrarse con él. Comenzaron poniéndose a su servicio, aunque bien poco fuera lo que pudieran ofrecer.

Hijo de David

Si con el primer título -Señor- se comprometían absolutamente con él, ahora lo comprometen a él mismo: si Jesús no era el "Hijo de David", no debía responder al llamado. El título "Hijo de David" estaba preñado de un profundo sentido mesiánico:

- Un hijo del rey David se sentaría eternamente en el trono de Israel: 2Sam 7,13-14.
- Del tronco de Jessé (padre de David) brotaría un retoño lleno de todos los dones carismáticos, para instaurar los tiempos mesiánicos: Is 11,1-9.
- Todos los enemigos estarían postrados a los pies de este héroe victorioso: Sal 110,1.
- Los tiempos mesiánicos se podrían identificar claramente por varios signos. Uno de los principales sería que los ojos de los ciegos se abrirían: Is 61,12:35 5. Ver Mt 11,5.
- De la familia real saldría el que habría de pastorear a Israel: Mq 5,1.
- Jesús mismo había presentado sus credenciales mesiánicas en la sinagoga de su pueblo, cuando afirmó explícitamente que estaba lleno del Espíritu Santo para dar vista a los ciegos: Lc 4,18-19.

Así pues, ellos, confesando públicamente que Jesús era el Mesías esperado, lo comprometían delante de todos a que diera la prueba mesiánica anunciada en las infalibles Escrituras: dar vista a los ciegos.

De esta forma lo urgían delante de todos los que habían escuchado aquel potente grito. Ciertamente era una valiente y hasta atrevida oración que tenía que ser escuchada, obligando a Jesús a responder de alguna manera.

Ten piedad de nosotros

Esta expresión no precisa comentario. ¿Qué puede ser más expresivo que un lamento que brota de lo más profundo de un corazón necesitado?

La gente les reprendió

Estos gritos presionaban de tal manera a Jesús, que a muchos les pareció exagerado. Entonces se acercaron a los ciegos y les reprendieron.

Aún entre los seguidores de Jesús había quienes no eran partidarios de las curaciones. En caso de haber algún signo debería ser discreto, dentro de lo normal. Sin cosas llamativas ni extraordinarias. Aceptaban al Mesías, pero sin cumplir su misión mesiánica.

Un Mesías así, sería como un fuego que no quema o un agua que no fecunda ¿De qué serviría un sol que no ilumina?

Aquí encontramos frente a frente dos posturas sobre el Mesías:

- Los ciegos que toman en serio las Escrituras, y la declaración de Jesús de Nazareth en que promete abrir los ojos a los ciegos. Para ellos, el Mesías debe dar la prueba de su mesianismo. Las curaciones no son sólo convenientes, sino absolutamente necesarias. Si Jesús no sana a los enfermos, no puede ser el Mesías. Por tanto, no tienen valor sus enseñanzas, sus bienaventuranzas son una utopía y no hay que darle crédito a su persona, ya que no cumple los requisitos mesiánicos. **Si Jesús no cumple las palabras de la Escritura, no tenemos la obligación de cumplir la suya.**

Ellos no están dispuestos a creer en un Mesías devaluado o debilitado.

- Los que aceptan al Mesías, pero moldeado por su prudencia excesiva; los que piensan que eso de las curaciones es un "género literario" que no hay que tomar al pie de la letra, son quienes juzgan fundamentalistas a los que creen sin condiciones en lo que Jesús dijo. Quieren un Mesías discreto: la espada de su Palabra no debe llegar hasta la hendidura de los huesos, ni debe realizar prodigios y milagros que llamen la atención.

Desgraciadamente todavía quedan muchos de esos seguidores de Jesús, que niegan los milagros y curaciones por la simple razón de que no aceptan los signos portentosos. El perfil del Mesías está delineado por sus gustos, y no por la misión que Dios le ha confiado ni las necesidades de la humanidad.

Entonces, con un ¡shhh...! en la boca y mirada condenatoria, conminaron a los ciegos para que se callaran. A los que no podían ver se les negaba también el derecho de hablar. Era tan grande la presión, que parecía capaz de ahogar la espontaneidad y la sinceridad de aquella súplica.

Trataban de moldearlos de acuerdo a un patrón preestablecido, recortado por el respeto humano y los cánones convencionales.

En la relación con Dios se fabrican normas que modulan la voz, gradúan la temperatura del corazón y maquillan el rostro, para que los hombres y las mujeres sean productos en serie; todos iguales, no sólo de fachada, sino de pensamiento, palabra, obra y, sobre todo, de omisión, ya que se insiste, de manera escrupulosa, en todo lo que no se debe hacer.

Se ritualizan de tal manera las fórmulas de relacionarse con Dios, que se pierde precisamente la cualidad que identifica el amor: la espontaneidad.

Pero ellos gritaron más fuerte

La navaja no fue capaz de cortarlos a la misma medida. Al contrario. Ellos rompieron el molde preestablecido. El término griego "meizon" da a entender que no sólo gritaron más fuerte, sino más intensamente, con mayor convicción y seguridad.

La oposición les ofreció la oportunidad de confirmar su declaración de fe, de una manera más valiente y decidida. La contrariedad fortaleció su postura. En vez de doblar las

manos y agachar la cabeza, en vez de intimidarse o acomplejarse, volvieron a la carga con más ímpetu.

Entonces se pusieron de pie y repitieron con el alma:

- ¡Señor, hijo de David, ten piedad de nosotros!

Resulta muy fácil unirse de manera impersonal, al coro que reza: "Señor, ten piedad de nosotros"; pero es muy difícil aceptar y confesar ante los demás, nuestra condición de pecadores y la necesidad de auxilio

Gritaron de tal forma, que debieron ser oídos por Jesús. Ellos sabían perfectamente que él los había escuchado. Por tanto, el Maestro estaba más comprometido que nunca... si en verdad era el esperado Mesías.

Deteniéndose Jesús

Jesús, entonces, se detuvo. Los caminos no se hicieron para andarse, sino para encontrarse. Quien no se sabe detener a tiempo, ha caminado en vano; ha sembrado con fatiga sin poder cosechar espigas de alegría.

Les llamo

Entonces les dio la primera orden. Ellos obedecieron inmediatamente.

Ayudados y guiados por una cadena de manos amigas, fueron colocados frente a Jesús. Habían logrado precisamente lo que se habían propuesto. Su inteligente estrategia había producido los resultados calculados; lo demás ya no dependía de ellos.

¿Que quieren que les haga?

Si los ciegos se habían rendido absolutamente a las órdenes de Jesús cuando lo confesaron como "Señor", ahora él mismo es quien se pone incondicionalmente a su servicio cuando les dice: "Pídanme lo que quieran".

Les firmó el cheque en blanco empleando como testigos a todos los que le seguían. Jesús estaba tan comprometido con la confesión pública de los ciegos, que no podía sino responder de la misma manera... él no había venido a que le sirvieran, sino a servir.

Señor, que se abran nuestros ojos

Su petición es perfectamente lógica con el principio del que partieron. Quieren que Jesús se muestre como el verdadero Mesías que ha venido a abrir los ojos de los ciegos. Incluso ellos usan la fórmula mesiánica: "abrir los ojos". (ver Is 35,5)

Su oración está preñada de absoluta confianza. No le dicen: si es posible... si puedes... si conviene para la salvación de nuestras almas... Su petición es casi una orden. Apoyados en el poder de Jesús y que él mismo ha firmado el cheque en blanco, ellos simplemente lo cobran.

Notemos que no oró cada uno por su lado: "Señor, que se abran mis ojos". Uno pedía al mismo tiempo por su compañero. Como que no concebían su sanación sin la de su amigo.

Compadecido les tocó los ojos

Jesús respondió a esta doble petición: tiene compasión de ellos y los cura al unísono. Imponiendo las manos en los ojos de los enfermos, los sanó al mismo tiempo e inmediatamente recobraron ambos la vista.

Jesús respondió al instante. Así como ellos habían expresado públicamente su fe, así Jesús da muestra palpable no sólo de su poder y compasión, sino que confirma explícitamente su carácter mesiánico. Si este milagro beneficia a los enfermos, más provecho trae a Jesús: demuestra que él es el verdadero Mesías.

Si en la sinagoga de Nazareth se había proclamado el Ungido, que había venido para dar vista a los ciegos, vemos que en el camino de Jericó cumple con dicha función.

Es cierto que los ciegos salieron ganando con la recuperación de su vista, pero ante los ojos de todo el mundo se manifestó de manera palpable el cumplimiento de las Escrituras.

Ellos le siguieron por el camino

Ellos, los que estaban sentados, emprenden la marcha. Ya no existe ninguna justificación para mantenerse pasivos e indigentes. Ahora deben caminar sin detenerse.

"Seguir", de acuerdo a la mentalidad del Nuevo Testamento, no significa sólo la acción de ir en pos de otro, sino que, tratándose de Jesús, implica imitar su estilo de vida, ser como él. Esta es la perfecta sanación de ambos. En esto consiste la completa salud del hombre: ser como Jesús.

Conclusión

Tal vez en ningún otro pasaje del Evangelio encontraremos tantas enseñanzas sobre la sanación. Estamos delante de una rica mina de enseñanzas, tanto del modo de pedirla, como la manera de otorgarla.

1.- En primer lugar, resalta la eficiencia de la oración comunitaria de los que piden la curación.

1. Jesús había prometido un poco antes (Mt 18,19, 20) que si dos se ponían de acuerdo para pedir cualquier cosa, la conseguirían necesariamente. "Ponerse de acuerdo" (sinfoneo) significa vibrar al unísono, compartir el mismo deseo, tener un solo objetivo. Estos dos que oran no sólo están juntos, sino profundamente unidos.

- Juntos compartían todo cuanto eran y tenían. - Juntos oyeron a Jesús. - Juntos hicieron la misma oración. - Juntos fueron interrogados. - Juntos respondieron. - Juntos fueron curados. - Juntos siguieron a Jesús.

Así pues, cumpliendo la condición puesta por Jesús, debían ser escuchados.

2.- Se nota claramente la importancia de la manifestación externa de la fe. No basta creer con el corazón. Es necesario confesar la fe con la boca. No es suficiente la convicción interior. Esa debe expresarse, porque de esa manera nos comprometemos delante de todos.

3.- La respuesta a la oración depende de que Jesús tenga compasión. El ministerio de curación es el ministerio de la misericordia, y por tanto, de la compasión por los enfermos.

4.- También descubrimos la importancia del contacto físico con el enfermo. Jesús insistió en este aspecto con sus apóstoles, cuando les dijo que impusieran las manos sobre los enfermos. Este signo de amor es más importante de lo que pensamos.

5.- Primero se comprometen a aceptar a Jesús como el Señor de sus vidas, y hasta después le solicitan la curación.

6.- La sanación nos lleva a ponernos de pie y emprender la marcha. La verdadera sanación nunca es pasiva: al contrario, quita la pasividad.

7.- Los que han sido sanados, sienten la necesidad de continuar unidos en búsqueda del Señor. No quieren caminar aislados, sino formar parte de la misma caravana.

8.- Siguen a Jesús. La completa sanación consiste en seguir las huellas del Maestro. El es el camino. Por tanto, ser como Jesús es la perfecta sanación.

9.- La palabra tiene que ir acompañada de signos. Nunca palabra sin signos; menos, signos sin palabra.

BARTIMEO Lc 18, 35-43, Mc 10, 46-52

Introducción

Estamos ante un relato tan parecido a la curación de los dos ciegos de Jericó, que muchos escrituristas han pensado que se trata de una copia servil o una repetición innecesaria que duplica el milagro de curación de la pareja de Jericó narrada por Mateo. (20,29-34) Sin embargo, examinando detenidamente ambos pasajes, nos encontramos con más divergencias que coincidencias, aparte de otras muchas diferencias que haremos notar a lo largo del relato.

Jericó

Jericó, la más antigua de las ciudades habitadas por el hombre, ocupa un lugar privilegiado, tanto en la geografía como en la historia de la salvación: ubicada en la frontera del área fértil del Jordán, se había convertido en plácido remanso para los transeúntes del desierto. Situada a más de 300 metros bajo el nivel del mar, pero muy por encima en importancia de otras ciudades y villas, dentro de sus muros se guardaba, celosamente, la historia de gloriosas gestas.

Jericó había sido edificada cinco mil años antes por intrépidos colonizadores, siempre atacada por valientes ejércitos y defendida por heroicos soldados.

Sus sólidas almenas y sus altas torres daban a entender que en Jericó no cabían los mediocres. Todos sus habitantes estaban forjados por el ardiente sol de la región, la competencia económica y la superación personal.

Su mercado estaba siempre lleno de productos extranjeros, y a la puerta de la ciudad se realizaban importantes transacciones comerciales en diferentes lenguas. Los bancos de Jericó gozaban siempre de buen crédito en el exterior.

En las afueras de Jericó

El siguiente milagro de Jesús es narrado tanto por Lucas, como por Marcos. Cada uno de ellos le imprime colores propios para ofrecernos un cuadro vívido y hermoso. Mientras que el primero sitúa el hecho a la entrada de Jericó, el otro lo describe a la salida.

No se trata sólo de una cuestión de enfoques. Lo que nos quieren dar a entender es que el enfermo se encontraba fuera de los milenarios muros, porque en la famosa ciudad no había lugar para gente como él Jericó sólo acogía a quienes eran capaces de distinguir las perlas y comprar las mercancías. A los demás se les marginaba y rechazaba.

Bartimeo

Bartimeo, el hijo de Timeo, había perdido la vista en un accidente, lo cual inmediatamente lo excluyó de la herencia de su padre, un acaudalado comerciante de la ciudad. Así, no teniendo otra forma de ganarse la vida, se sentaba a la orilla del camino para pedir limosna a los transeúntes.

A unos cuantos metros de las famosas murallas que salvaguardaban a sus habitantes, se encontraba sentado Bartimeo, a la sombra de la única palmera que estaba fuera de la ciudad. El ciego había escogido un lugar estratégico por donde tenían que pasar las caravanas, los ricos comerciantes y los piadosos judíos que subían a Jerusalén.

Bartimeo gozaba de natural simpatía, carácter jovial y extraordinaria capacidad de relación con todo el mundo. De inmediato se ganaba la confianza de cualquiera, incluso de los beduinos, antisociales por naturaleza.

Dotado de singular memoria, recordaba no sólo nombres, sino también la especialidad de cada comerciante y el itinerario de cada caravana. Jamás olvidaba a ninguno que por allí pasaba; especialmente si le había dejado una buena limosna, o le había traído una interesante noticia que después él habría de contar a otros.

Bartimeo saludaba a todos los camelleros por su nombre, y hasta pronunciaba una frase en el dialecto de cada extranjero.

No tenía pasaporte para transitar por el camino del éxito, ni visa para emigrar al mundo del comercio. Aquel fortuito accidente le había cerrado todos los caminos. Sin embargo, su optimismo le había abierto ciertas brechas: a la sombra de su palmera se encontraba un imprescindible centro de información internacional.

Todos los comerciantes se detenían frente a él para indagar por el número y procedencia de las mercancías que ahí llegaban, y así poder ellos vender su cargamento de acuerdo a la eterna ley de la oferta y la demanda.

Igualmente los camelleros venían a intercambiar noticias de la región. Hasta los extraviados se acercaban para preguntar por el camino mejor que los condujera a su destino.

Todo el mundo conocía a Bartimeo por su nombre y él también a los demás. Su franqueza y sencillez le granjearon excelentes relaciones internacionales. Inclusive, un comerciante de Damasco le había regalado un manto casi nuevo.

De esta forma, Bartimeo había venido a ser necesario no en la ciudad, sino fuera de ella. Prácticamente formaba parte del paisaje. Si un día llegaba a faltar, hasta la misma palmera, inclinada por el viento, parecía que buscaba una y otra vez a su alegre compañero.

Pero un día un alboroto que salía de la ciudad había de cambiar todo aquel panorama. Un mar de gente venía por el camino: tantos, que hasta lo desbordaban. Cada uno estaba empeñado en llegar a una meta invisible.

Bartimeo volteaba para todas partes, tratando de adivinar lo que pasaba, pero nadie se preocupaba de darle los datos necesarios. Al contrario, llevaban tanta prisa, que un viandante distraído golpeó con su pie el bastón recargado en la palmera. Un acomedido lo devolvió a Bartimeo, el cual, como siempre, se aprovechó de la situación: le agarró fuertemente la manga de la túnica y le preguntó a qué se debía tanta gritería. Le tenía firmemente asido, como para darle a entender que no lo soltaría hasta que respondiera completamente su curiosidad.

Aquel hombre simplemente contestó que se trataba de Jesús de Nazareth, sin dar más explicaciones. El no tenía tiempo para impartir un curso de Cristología, ya que corría el riesgo de quedarse rezagado en el camino. Únicamente ofreció el nombre y el origen del causante del problema, y dejó que el ciego sacara sus propias conclusiones.

En cuanto Bartimeo oyó que era Jesús, soltó al hombre y se puso a gritar con todas las fuerzas de su corazón. Fue tan impresionante como inesperado aquel grito, que el evangelista Lucas lo ha grabado de manera tan viva, que parece que lo estamos escuchando directamente:

¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!

Jesús

Llama a Jesús por su nombre. Ya sabemos que Bartimeo no tenía cumplidos para nadie y se dirigía siempre de tú a todas las personas. Si muchos le atribuían gloriosos títulos al famoso predicador de Galilea, eso no tenía ninguna importancia para él.

Goza de un privilegio tal, que se atreve a llamar a Jesús por su nombre propio. Es que para Bartimeo no existen distancias con Jesús, a pesar de que nunca antes lo hubiera visto.

Toda la gente, comenzando por los apóstoles y discípulos, se dirigía a Jesús con honrosos títulos y gloriosos epítetos. Sólo tres personajes en todo el Evangelio se atreven llamarle familiarmente por su nombre.

Uno de estos atrevidos es Bartimeo. Tal vez precisamente por esa osadía, es que también él se ha ganado la exclusiva de ser el único beneficiado con una curación cuyo nombre se ha conservado en el Evangelio.

El goza de peculiar privilegio para dirigirse a Jesús con ilimitada confianza: como si fueran viejos conocidos o los ligara algún lazo familiar. Por supuesto que la multitud se sorprendió al escuchar tan atrevida forma de referirse a personaje tan famoso.

Hijo de David

Sin embargo, lo más importante es que el ciego descubre lo que para otros es invisible. Su fe le hace percibir lo que los demás no podían ver: ¡Jesús de Nazareth es el descendiente de David!... el Mesías anunciado en las Escrituras. Ese hombre, originario de la más oscura aldea del norte del país, es el esperado de todas las naciones. De esta forma, Bartimeo proclamaba que el Nazareno era el salvador del mundo. Bartimeo "veía" lo que los reyes y profetas ansiaron ver.

Ten piedad de mí

Miles y miles seguían a Jesús, pero Bartimeo se sabe diferente a todos los demás. El tiene derecho a pedir un favor especial. A él no le importa que otros hayan llegado ante el célebre taumaturgo. El, consciente de que su caso es especial porque se sabe único y diferente a todos los demás, solicita con la seguridad de que va a ser escuchado.

Muchos de los que iban delante le increpaban para que se callara

Llama la atención el hecho de que Marcos asegure que eran "muchos" (πολλοί) los que trataban de que guardara silencio. Sin embargo, es aún más significativa la precisión de Lucas cuando nos asegura que fueron precisamente "los de adelante" (οἱ προάοντες), los que al punto reaccionaron. Tal vez sea otra de las finas ironías con las que a veces nos sorprende este evangelista.

Posiblemente nos quiera dar a entender cómo "los de adelante" no permiten que nadie sobresalga. Prefieren el silencio sepulcral, a los gritos comprometedores. Su protocolo es tan estricto y su liturgia tan programada, que sofocan cualquier expresión que salga de sus esquemas. Para ellos las cosas ya son como deben ser, y por eso no toleran que nadie tambalee la pirámide que los sostiene.

Son precisamente los que de tal manera regulan el viento impetuoso de Pentecostés, que lo convierten en aire acondicionado para su placer.

Siendo "muchos" y precisamente "los de adelante", no es difícil deducir sus argumentos":

- Los ritualistas le decían:

Todos tenemos derecho a pedir algo, pero siempre y cuando seamos nosotros los que lo programemos. Primero debes solicitar una cita y luego hacer paciente cola en la sala de espera, aguardando que te llamemos.

- Los más recatados le aconsejaban:

Modera tu voz. No hay necesidad de gritar. Dios no está sordo. El Dios de Israel es un Dios de orden y no está bien que te hagas notar de esa forma...

- Los que vivían con fe prestada le desanimaban:

No te ilusiones, Bartimeo. Los milagros fueron para otros tiempos que no volverán. En el Éxodo y en Egipto eran normales, pero los tiempos han cambiado. La ciencia médica ha progresado mucho a partir de Hipócrates. Dios ya no tiene por qué estar haciendo milagros el día de hoy...

- Los graduados en Atenas y laureados en Jerusalén argumentaban:

Las curaciones son secundarias. Céntrate en lo esencial, que es la caridad.

- Los legalistas le advertían:

Ciertamente ese hombre realiza maravillas, pero hay que irse con mucha prudencia porque se atreve a curar en Sábado. En Jerusalén se ha nombrado un comité que está estudiando su caso y parece que las cosas no van por buen camino...

- Incluso, los que estaban sanos arguían muy convencidos:

La enfermedad es una oportunidad maravillosa para crecer en santidad. Tienes que aceptar la voluntad de Dios. "Resígnate, que al fin y al cabo Dios no nos prueba por encima de nuestras fuerzas...".

Sin embargo, la razón más grave y la causa de todo el problema era que el ciego estaba sumergido en las heréticas tinieblas de un elemental error bíblico y teológico: de ninguna manera el Galileo podría ser el hijo de David.

Los descendientes del rey mesiánico eran originarios de Judea, mientras que este hombre procedía de Nazareth, de donde nada bueno había salido hasta entonces.

Según las profecías, el pastor de Israel debía nacer de una familia de Belén y no de Galilea de los gentiles. Por tanto, no cumplía el Nazareno con la característica fundamental como para aspirar a heredar las promesas hechas al rey David.

Ante herejía tan obvia, los responsables de salvaguardar la pureza de la fe debían intervenir con energía. Bartimeo no gozaba del "nihil obstat" para publicar sus opiniones y, por tanto, se le negaba el derecho a pronunciarse.

Más todo resultó inútil. Nadie pudo convencer al ciego. Ninguna razón intelectual fue capaz de apagar la convicción del corazón. Al contrario, con voz aún más potente volvió a repetir su confesión de fe. Era tan decidido y firme en su postura, que todos guardaron silencio esperando ver lo que habría de pasar.

Como Bartimeo seguía aumentando progresivamente el volumen de su voz, Jesús se decidió a atenderlo de una vez, antes que los decibeles llegaran a ser insoportables.

Además, todos aquellos que consideraban a Jesús como una persona misericordiosa, no comprendían por qué no tenía piedad de un amigo tan íntimo.

Si alguien que le era tan familiar no era tomado en cuenta, ¿qué podrían esperar todos los demás?

Animo, te llama

Si muchos trataron de desanimarlo, también hubo otros que le animaron; aunque a decir verdad, era ánimo lo que menos le faltaba. De un brinco se puso de pie, olvidando la bolsa donde guardaba unas pocas monedas y dejando tirado su bastón sobre la tierra. San Marcos describe que Bartimeo fue brincando hacia Jesús. La presencia de uno frente al otro hizo brotar sendas sonrisas. No se sabría decir quién contagiaba a quién con su alegría.

Pregunta de sobra

Entonces el Nazareno preguntó: "¿Qué quieres que te haga?" La pregunta de Jesús parecía salir sobrando. ¿Qué otra cosa podría solicitar un ciego? Sin embargo, quería escuchar de los labios del mismo enfermo su petición.

Bartimeo a su vez respondió con la oración más corta y más eficaz de todo el Evangelio: "Señor, que vea". Con tan pocas palabras, quería decir:

"Señor, que se abran mis ojos y pueda distinguir cada uno de los colores del arcoiris. Dame la capacidad de presenciar el desfile de las hormigas. Que en la noche pueda seguir el vuelo de las luciérnagas y extasiarme ante el fuego caprichoso.

"Señor, anhelo ser despertado por el beso de los rayos del sol en mis ojos. Quiero admirar las murallas de mi ciudad, con sus altas torres y gloriosas almenas. Sueño pasar por la plaza sin que me señalen los dedos maternales, que amenazan a sus hijos con un castigo celestial. Concédeme conocer a mi amiga la palmera, que me ha cobijado con su sombra. Ansío leer por mí mismo los viejos manuscritos que hablan del Mesías.

"Quiero, por fin, reconocer la figura de las voces amigas, embriagarme con el destello de los ojos de los niños y, a la tenue luz de una lámpara de aceite, distinguir la silueta de una mujer hermosa. Que por fin termine esta larga noche y se disipe la pesadilla de mi ceguera. Que acabe este eclipse y aparezca el sol que no conoce ocaso. Quiero distinguir lo esencial de lo accidental y ver lo que es invisible para los ojos".

Ve y vete

Jesús, por su parte, responde explícitamente a lo que se le pide. "Ve", le dice, como eco de aquella voz creadora que dijo: "Haya luz", y la luz apareció. La palabra de Jesús es eficaz. El que otrora fuera ciego, recobró la vista inmediatamente. Más había tardado él en solicitar su curación con tres palabras, que Jesús en sanarlo con una sola. Ambos evangelistas coinciden en afirmar que la sanación fue instantánea.

Sin embargo, en el relato de Marcos, Jesús no le dice "ve" (anáblexon), sino "vete" (ípague), queriendo dar a entender: Ya está hecho. Ya hice lo que me pediste. Me he detenido para atenderte. Ahora retírate. Déjame continuar mi camino y tú vete por el tuyo.

Ahora sí Bartimeo puede aspirar a la rica herencia de su padre, y con ella a todos sus beneficios. En un instante se le abren las puertas de la ciudad para ser admitido en la alta sociedad. Ya puede ser ciudadano distinguido del mundo del comercio y viajar sin visa al país de las delicias. Nunca más pedirá nada a nadie. Al contrario, un sinnúmero de nuevos amigos y parientes le solicitarán ayuda.

Además, en la sinagoga le reservarán un lugar acojinado para que pueda escuchar cómodamente la Palabra de Dios. En el jardín de su casa crecerán palmeras más frondosas, que suplan aquella solitaria compañera del camino. El que le sanó la vista, le abre las puertas que la ceguera le había cerrado. Además, explícitamente le ordena que se vaya...

Bartimeo desobedece

Sin embargo, Bartimeo no obedece. No puede obedecer. En vez de irse, se queda. En vez de regresar, se va con Jesús. Renunció a las ventajas de su sanación, por seguir al que le había curado. Ya antes, ciego, había prescindido de todas esas cosas; ahora, sano, menos falta le hacían.

En vez de escuchar cómodamente la Palabra en la sinagoga de Jericó, emprendió la marcha por el camino que sube a Jerusalén. Ya no tenía por qué permanecer sentado. Esa

parálisis sería aún peor que la anterior ceguera.

Desobedeciendo al mismo Jesús, sigue a Jesús. Tampoco antes había hecho caso a los que lo callaban; al contrario, gritó más fuerte. Ahora, tampoco obedece al Maestro. Bartimeo no está al servicio de la obediencia, sino al servicio de Jesús.

A pesar de su desobediencia, Bartimeo es más cristiano que muchos obedientes. Hay quienes, como el hijo mayor de la parábola, cumplen siempre la voluntad de su padre, pero no participan de la fiesta. Bartimeo había encontrado la perla preciosa y no le importó pagar cualquier precio. No sólo veía, sino que veía bien. Veía lo que para otros era invisible.

En las afueras de Jericó todo ha cambiado. El camino ya no es el mismo sin las historias de Bartimeo.

Se extrañan sus risas. Las caravanas de comerciantes siguen pasando por enfrente del puesto vacío de aquel simpático ciego. Ahora ya no hay quien oriente a los viajeros ni informe a los comerciantes. Sólo una enorme hoja de la palmera, apuntando hacia Jerusalén, les dice a todos ellos:

- El mejor camino es el que siguió mi amigo Bartimeo.

EL CIEGO DE BETSAIDA Mc 8, 22-26

Entre los innumerables pueblos visitados por el incansable predicador de buenas noticias, hubo tres ciudades favorecidas por su palabra y presencia: Cafarnaúm, Corazaín y Betsaida. Jesús no escogió como centro de operaciones Nazareth, su antigua ciudad; prefirió trabajar en la ribera norte del lago de Tiberíades. Allí se encontraban estos tres pueblos.

En esta ocasión fue Betsaida el marco donde se llevó a cabo uno de los milagros más singulares de Jesús; milagro que, por sus características tan peculiares, es diferente a todos los demás y, al mismo tiempo, ejemplo de la obra sanadora de Jesús.

Betsaida era una ciudad de contrastes: siempre encontramos dos dimensiones, a veces engarzadas, otras separadas y hasta en no pocas ocasiones opuestas, tanto en ella como en sus habitantes.

Entre la desembocadura del río Jordán y la montaña se acunaba este pintoresco pueblo, cuyos habitantes se consideraban hijos de Abraham, pero no judíos. Enmarcada en los límites de Gaulonitis y la frontera de Galilea. Ciudad de labradores y pescadores, comerciantes y pastores.

Todo estaba junto y separado en Betsaida Tierra y mar tenían el lugar de convergencia en ella.

Como síntesis de estas diferencias, nacieron allí dos hermanos que, aunque unidos por la misma sangre, fueron muy distintos: Simón Pedro y Andrés. Ellos son un símbolo de lo diferente y parecido que era la vida en Betsaida.

Jesús regresó de mañana a la vieja ciudad Atracó la barca en el muelle y comenzó a caminar rumbo al centro del pueblo, que no distaba muchos estadios. La noticia se extendió rápidamente por toda la población, y de pronto la ciudad se convirtió en un hormiguero de gente que iba y venía. Algunos viajaron en barco desde Tiberíades, otros atravesaron el desierto y no faltaron los que descendieron de la montaña.

Le trajeron un ciego

Todos los enfermos se dieron cita en la plaza principal, que parecía un hospital general, con la diferencia de que en el ambiente se respiraba una atmósfera de alegría y esperanza.

Entre la muchedumbre había un ciego que en nada se hubiera distinguido de tantos enfermos, a no ser por el detalle tan singular con que Jesús lo prefirió. Algunos amigos lo habían traído con la esperanza sólo de tocar a Jesús, pues salía de él una fuerza que curaba a todos los enfermos.

Por la prisa olvidó su bastón, y fue llevado de la mano por dos vecinos que estaban seguros de su inminente curación. La aureola de testimonios y comentarios sobre las curaciones obradas por el predicador de Galilea, le aseguraban que estaba a la puerta de la experiencia más grande de su vida. Sus ojos estaban fijos con las pupilas dilatadas, su corazón latía aceleradamente y con sus manos extendidas buscaba alcanzar al hasta entonces invisible taumaturgo.

En cuanto Jesús estuvo cerca, uno de sus compañeros le suplicó insistentemente que tan solo lo tocara. El otro logró tomar la manga de la túnica de Jesús, y le jaloneaba para que impusiera su mano sobre los ojos del invidente.

Ante la abundancia de enfermos, no se atrevieron a pedirle un trato especial al Maestro. Había tantos necesitados, que era del todo imprudente solicitarle una consulta privada. No

esperaban que Jesús se interesara por un simple ciego habiendo tantos lisiados, leprosos, lunáticos y epilépticos.

Jesús se detuvo y levantó su mano, imponiendo silencio sobre la multitud que lo vitoreaba y aclamaba. La gente enmudeció poco a poco. Algo grande ya se presentía. Todos los ojos estaban fijos en Jesús y en el ciego que estaba delante de él.

Jesús lo miró detenidamente y penetró hasta lo más profundo de su vida y de su historia. Se percató de que la ceguera no se limitaba a los ojos desorbitados y la vista fija sin ver a nadie. Había algo más profundo, de lo cual aquel hombre debía ser sanado.

Tomó al ciego de la mano y lo sacó fuera de la ciudad

El caso era especial, por eso Jesús no actuó de manera tradicional. En vez de simplemente imponer las manos sobre los ojos del enfermo, lo tomó de la mano y comenzó a abrirse paso por en medio de la multitud, que se quedó atónita por la inesperada actitud de Jesús.

Muchas veces, este ciego había extendido su mano solicitando guía y ayuda. A veces se había quedado su mano tendida; otras se le había rechazado.

Pero ahora todo era diferente. La mano que lo guiaba era la de aquel que era la luz del mundo; aquel que dijo haber venido para dar vista a los ciegos, lo llevaba personalmente de la mano. Así atravesaron toda la ciudad, dejando atrás a la multitud asombrada.

Jesús llegó hasta la ribera del lago que deslizaba sus pacíficas olas en la arena, mientras la luminosidad del sol avivaba los tonos verdes de los montes y hacía más intenso el azul del agua.

Sintiendo la fresca brisa que aliviaba el húmedo calor de la región, el ciego experimentó la mano segura y firme de Jesús que le conducía. A decir verdad, con tal maestro que le señalaba el camino ya no hacía falta recuperar la vista.

Le puso saliva en los ojos

Signo un tanto extraño. Ya con otro ciego Jesús había procedido de una manera rara, escupiendo en tierra y luego haciendo un poco de lodo que untó en los párpados de aquel hombre. Ahora Jesús directamente pone saliva sobre los ojos del enfermo. Es como si le diera un beso de amor, frotando con suavidad los párpados al enfermo.

Su ceguera le había traído igualmente la condena de los demás. Unos lo juzgaban pecador, otros lo despreciaban y muchos más se burlaban. Se le prohibió entrar a la Sinagoga, y continuamente era puesto de ejemplo de lo que podría pasar a quien no obedeciera todos los mandamientos de la Ley de Dios.

De esta manera, nunca recibió amor ni comprensión. Sin embargo, esto también entraba en el plan de Dios, ya que quien menos amor ha recibido de los demás, es más sensible para acoger el amor de Jesús. Los corazones más secos de afecto, se incendian más rápido con el fuego del amor de Jesús.

Le impuso las manos

Generalmente Jesús imponía sus manos sobre la parte enferma de las personas. En este caso no sigue la costumbre, porque quiere darnos una enseñanza más grande. Primero coloca sus manos sobre el hombre como tal, porque no sólo quiere curar su ceguera, sino su persona completa.

La imposición de manos tiene cuatro significados principales en el Nuevo Testamento.

- Para bendecir a una persona: Mt 19, 13-15.

- Para curar enfermos: Mc 6,5; 7,32.
- Para pedir Espíritu Santo: Hech 8,17-19; 9,17-18.
- Para consagrar a alguien para una misión: Hech. 13,3.

En este caso hay un matiz de cada uno de estos significados: Jesús quiere bendecir al enfermo sanándolo con amor (Espíritu Santo), para luego encomendarle una misión.

Mas, sobre todo, es un signo especial del singular y personal amor de Jesús al enfermo de los ojos. El ve al hombre íntegro y quiere curar a la persona completa. Primero lo va a sanar como persona y luego lo curará de su vista.

Es muy importante este detalle, que generalmente se pasa por alto. Jesús va a la raíz del problema, antes que a los síntomas fisiológicos. A Jesús le interesa más el hombre ciego que la ceguera del hombre.

Para él no hay enfermedades, sino enfermos, y, toda enfermedad tiene relaciones psicosomáticas, o incluso, pneumo-psicosomáticas.

¿Ves algo?

Terminado el rito y mientras el hombre se frotaba sus ojos y se contraían sus pupilas ante la catarata de luz, Jesús le preguntó:

¿Ves algo?

Por el estilo de pregunta, se supone que Jesús esperaba una respuesta afirmativa.

Aquel hombre, antes de abrir la boca, puso su palma extendida sobre su frente para taparse del sol, miró fijamente hacia la multitud y exclamó:

Veo a los hombres, pero como árboles que caminan.

No se detiene a contemplar los verdes campos, ni la policromía de las flores. No le impresiona el cielo, ni el agua del mar que baña sus pies. El mira a los hombres, porque para él la humanidad es lo más importante de la creación entera.

El examen optométrico no consistirá en leer unas letras en una pared, sino en su percepción de los demás. Desgraciadamente los mira como árboles. Todavía está enfermo. No ha sanado perfectamente. Necesita una nueva intervención de Jesús.

No deja de parecer curiosa la forma como define a los hombres: árboles que caminan. Con esta descripción deducimos que no era ciego de nacimiento, pues conocía bien los árboles.

Sin embargo, los confunde con los hombres. Las raíces que abrazan el suelo son como los pies, el tronco erguido se asemeja al cuerpo. Las ramas mecidas por el viento parecen manos amigas que le saludan, y el follaje se asemeja a la cabellera.

Desgraciadamente, esta enfermedad de ver a los hombres como árboles está muy extendida, y hasta parece que es contagiosa. Por esta enfermedad los hombres son como árboles:

que sólo sirven para producir (capital, objetos, etc.),
que no gozan de personalidad propia ni dignidad, que pueden ser trasplantados a capricho ajeno,

que sólo sirven como adornos en el jardín o en la casa,

que son explotados para hacerlos dar mejores frutos,

que se pueden cortar y trincar cuando estorban a intereses egoístas.

Esto también sucede a niveles internacionales: hay países que consideran a otras naciones como simples árboles:

que tienen que producir materia prima barata;
que tienen que dar su consentimiento en las votaciones de la ONU, de acuerdo a los intereses de las grandes potencias;
que no tienen derechos, sino sólo obligaciones;
que, gravados por su deuda externa y los implacables intereses, dependen inevitablemente de sus acreedores;
que pueden ser invadidos por el poderoso, o instalar en ellos proyectiles nucleares.

A nivel social, también el mundo sufre la misma enfermedad:

- industriales que miran a los empleados como simples objetos de producción;
- obreros y sindicatos que sólo insisten en sus derechos y no en sus obligaciones;
- autoridades que no valoran la dignidad del trabajador;
- hijos que consideran a sus padres como simples árboles, responsables de cumplir todos sus caprichos;
- padres que quieren que sus hijos continúen o trabajen en tal cosa para que produzcan mucho dinero...

- hombres que ven a la mujer como simple adorno;

- esposas que miran a su esposo como el obligado a proveer al hogar de lo material.

Lamentablemente, esta enfermedad está mucho más difundida de lo que pensamos.

Incluso hay quienes se ven a sí mismos como árboles, no como personas:

- no respetan a los demás,
- no se aman a sí mismos,
- no valoran su dignidad humana,
- están plantados en el subdesarrollo cultural.

Impone las manos sobre los ojos.

Antes, Jesús había puesto sus manos sobre el enfermo. Ahora lo hace sobre su enfermedad. Jesús ama la enfermedad del ciego, porque ama al ciego. Lo ama no a pesar de su ceguera, sino con su ceguera. No lo rechaza.

Sin duda que esta aceptación de Jesús es la fuente para que también el ciego se acepte a sí mismo y es el principio de su sanación. Al mostrar Jesús interés por sus ojos, en ese momento llenó de amor cualquier carencia que hubiera existido motivada por su enfermedad.

Seguramente muchas veces había sido despreciado y juzgado pecador, a causa de su ceguera.

Jesús lo ama precisamente en aquello que había sido causa de burlas, críticas y desprecios. En el área más lastimada de su vida, es donde ahora recibe amor que sana.

Y comenzó a ver perfectamente

Aquí, como en muchos pasajes del Evangelio, existe una aparente incongruencia, ante la cual siempre se pasa con los ojos cerrados.

Al imponer Jesús sus manos, no al quitarlas, es cuando el ciego comienza a ver perfectamente. Mientras Jesús mantiene sus manos sobre los ojos, el ciego recupera la vista. Las manos de Jesús no obstruyen la visibilidad: al contrario, son los lentes que permiten ver perfectamente.

Las manos de Jesús hacen ver. Es en ellas y a través de ellas como somos capaces de percibir la realidad en su exacta dimensión.

Al abrir el ciego sus ojos, debía ver las manos de Jesús. Sin embargo, es en ellas donde mira toda la realidad.

En las manos de Jesús puede ver bien, porque en ellas se encuentra el mundo, especialmente la humanidad. Sólo en las manos de Cristo se puede restaurar aquello que había sido deformado.

Cuando existen problemas y conflictos, bastará dejarlos en las manos de Jesús para mirarlos en su justa dimensión. Si no vemos el mundo y a los demás como Dios los ve, hay que ponerlos en las manos de Jesús: allí los valoraremos con su amor.

El texto original griego guarda detalles que no pueden ser reflejados claramente en nuestras traducciones, pero que conviene apuntar por su importancia:

- Usa dos palabras distintas para referirse a los ojos: "Oma" (vers 23) y "ofthalmós" (vers 25) ¿Será que hay cosas que se miran con unos ojos y otras con otros?

- Igualmente se emplean dos verbos diferentes que ordinariamente son traducidos por "ver". "Blepo" (vers 23.24 y 25) y "orao" (vers 24). ¿Será porque podemos ver de dos maneras diferentes? Lo cierto es que Jesús nos hace ver tanto con los ojos interiores, como con los ojos del corazón. Jesús cura todo lo referente a los ojos: los del entendimiento y los físicos.

En conclusión, Jesús sana por dentro y por fuera. El no divide ni mutila al hombre. Al contrario, lo hace uno: se preocupa tanto de lo exterior como de lo interior, porque ama al hombre íntegro y le procura la sanación completa.

Y veía de lejos todas las cosas

No sólo veía de cerca, sino también de lejos. Ya no miraba sólo lo que tenía delante de sí, sino hasta la lejanía. La sanación profunda consistió en capacitarlo para mirar a distancia.

La miopía no nos permite mirar de lejos: sólo vemos lo que está cerca de nosotros, lo que concierne a nuestra persona, solamente lo mío y lo mío. La curación completa nos capacita para considerar a los que están más allá de nosotros mismos.

Nos hace sensibles a sus necesidades e intereses, comprensivos con sus defectos y limitaciones, abiertos a sus cualidades y considerados con sus fallas.

La curación profunda del ciego consistió en que su mundo se ensanchó. Veía más allá de sí mismo descubrió a los otros a quienes tenía tan lejos: ahora ya entraban en su vida por sus ojos sanados.

El egoísta sólo mira lo cercano a él mismo. Jesús fue enviado a dar vista a los ciegos, más no sólo para que vean, sino para que vean de lejos.

Lo envió a su casa

Ya sanado, Jesús lo envió no donde la multitud que lo esperaba ni con sus amigos que lo habían conducido. Tenía que ir primeramente a sus seres más cercanos: su familia. Debía estrenar su salud recuperada con los más cercanos a sí mismo. Era allí donde debía mirar a los demás, no como árboles, sino como personas, como hermanos, miembros de la misma familia.

Su sanación culminaría cuando llegara a su hogar y allí compartiera el amor que acababa de recibir. Jesús no lo hizo todo, dejó una tarea por realizar: la completa sanación sería efectuada en el mismo hogar.

Jesús le ordenó expresamente que no entrara al pueblo, sino que fuera a su casa. Ya nadie lo conducía, caminaba por sí mismo.

Esta curación es típica: Jesús no la realiza en un instante, sino en un proceso, poco a poco. Sin embargo, fácilmente podríamos caer en el error de pensar que son únicamente dos pasos: la imposición de manos, primero sobre el ciego y luego sobre su ceguera. No. Son tres momentos: el tercero es cuando lo envía a su casa. El hogar es el mejor hospital para lograr la perfecta recuperación de la vista.

Finalmente debemos distinguir lo siguiente:

En un primer momento, Jesús había tomado al ciego de la mano y lo había guiado. El era responsable de cada uno de los pasos del enfermo. A decir verdad, ya no necesitaba ver: los ojos de Jesús lo guiaban... confiaba absolutamente en un hombre que le había tendido la mano.

Sin embargo, Jesús no había sido enviado a "guiar a los ciegos". Su misión no se reducía a ser lazarillo de invidentes. Él había venido a dar vista a los ciegos.

Por eso lo cura y luego lo envía. El hombre sano será responsable de cada uno de sus pasos. No podrá echar a nadie la culpa de sus caídas. Él ya ve. Él es responsable de su destino.

ORACIÓN

Señor Jesús: Yo soy ese ciego. Tú me diste vida y vista en mi bautismo; pero, por un accidente que se llama pecado, yo la perdí. No veo. Nadie me puede curar. Pero tu Palabra me ha conducido hasta ti. Yo no podía venir a ti, pero tuviste compasión de mí y me llamaste en este pasaje tan hermoso.

Jesús, no te veo, pero he oído a otros hablar de ti. Incluso yo ya te he escuchado, pero quiero verte. Haz conmigo lo mismo que con el ciego de Betsaida.

Tú eres el mismo ayer, hoy y siempre, y tienes el mismo poder para salvarnos. Puedes hacerlo otra vez. Ten compasión de mí. Tómame de la mano.

Apártame de todos los demás. Quiero estar a solas contigo. Aquí estoy. Quiero ser guiado por ti.

En otras muchas ocasiones he dado mi mano a otros para que me ayuden a caminar por la vida: más de alguno me ha hecho tropezar; otros, cansados, me han abandonado; alguien, mientras me daba la mano, me ponía zancadilla; aquel otro estaba también ciego como yo, y caímos juntos.

...Por eso, Señor, ya no me gusta darle la mano a nadie. Tengo miedo de confiar plenamente, a ciegas. Siempre me doy con dosis, poco a poco. Temo que me pueda pasar lo mismo otra vez.

Pero hoy es distinto: pongo toda mi confianza en ti. Sin condiciones. Llévame a donde tú quieras, con tal de ir de tu mano. Quiero estar contigo, no importa dónde.

Quiero experimentar lo que es ser guiado por ti. Sácame aparte, lejos de los demás. Atiéndeme personalmente. Tú sabes que necesito un tratamiento especial.

Por mi parte, yo dejo todo atrás, aún mi misma sanación. Lo único que me importa es estar contigo. Me abandono plenamente a ti. Tú eres lo único importante en mi vida.

Quiero, Señor, como el ciego, sentir que tú me amas, que no te escandalizas de mis pecados ni te asustas de mis debilidades.

Tú eres el médico que sabe atenderme de acuerdo a mis necesidades.

Bésame. Hazme sentir que te acercas hasta mi enfermedad, que no te da asco lo que soy, y que me amas precisamente en el área que soy menos amable para otros.

Impón tus manos sobre mi cabeza. Hazme experimentar que te intereso como soy, todo completo. Yo sé que tú amas al enfermo y al pecador. Yo sé que tú eres capaz de sanarme; que donde abunda la miseria sobreabunda tu gracia.

Sáname de todo aquello que no me deja verte como debo, ver el mundo como tú lo hiciste, ver a los demás como quieres que los vea, verme a mí como tú me consideras.

Libérame de mis temores y miedos, de mis complejos y recelos, de mis desconfianzas.

Tú sabes la raíz de todos mis males, complejos y problemas. Tómame completo y haz de mí lo que quieras.

Jesús, tú te has acercado hasta mi enfermedad. No te interesa sólo el enfermo, sino también la enfermedad. Tú muestras amor precisamente allí donde hace falta. Tú llenas con tu misericordia el vacío de mi vida.

Tú sanas los corazones afligidos y vendas las heridas. Sáname de mi ceguera. Tú la conoces y sabes cuál es. Sáname también físicamente, Señor. Tú no sólo sanas almas, también cuerpos. Te presento mis dolencias y enfermedades.

Impón tus manos Tócame. Con eso basta y quedaré completamente sano. Hazlo, Señor, por el amor que me tienes, por la gloria del Padre. Tú tienes todo el poder en el cielo y en la tierra. Creo que todo te es posible. Para ti no hay enfermedades difíciles de sanar. Todas son fáciles.

Señor, ahora pongo entre tus manos toda mi vida, especialmente mi pecado. Dejo en esas manos taladradas por amor lo que tengo y lo que soy.

Te pongo todo el mundo, las cosas materiales: dinero, poder, trabajo, mis familiares: esposa(o), hijos, padres, parientes políticos, a quienes me han ofendido, a los que les tengo envidia, a los que no puedo ver, a los que no les puedo hablar.

Señor, yo te veo a ti a veces como un simple árbol. Sáname.

Te veo como el cinturón de seguridad que sólo uso en circunstancias peligrosas. Tú eres únicamente para ciertos momentos y ciertas velocidades. Te veo como árbol que me das sombra y alimento. Te veo como árbol que me sirves de adorno en mi casa, con mis amigos y visitas. Tú eres a veces como un árbol que no trato personalmente. Sáname de la forma como te considero.

A los demás también los he visto muchas veces como simples árboles: árboles que busco para aprovecharme de ellos; árboles que no me interesan como personas, sino como simples instrumentos de producción para mis ganancias personales; árboles que me sirven, y si yo les doy agua, abono y cuidado es siempre con el fin de sacarles más provecho; a las mujeres a veces las veo nada más en su hermosura exterior; a los hombres, sólo por sus ventajas materiales...

Señor, también yo me miro muchas veces como un simple árbol: no me valoro como persona, sino como alguien que simplemente tiene que hacer las cosas; me siento obligado y forzado en muchos aspectos; valgo sólo por lo que hago y no por lo que soy, enséñame a amarme, respetarme y valorarme como tú lo haces conmigo.

Ahora, Señor, te quiero presentar mi peor enfermedad: mi más grande pecado, aquello que más me lastima. Tú lo conoces. Yo también. Hoy quiero que estés en medio de los dos. Así como tú pusiste las manos sobre los ojos del ciego, Jesús, yo te presto mis manos para que las pongas sobre mis ojos (aquí se cubren los ojos con las manos).

Quiero verlos a todos ellos a través de tus manos.

Yo he estado ciego para ellos, pero con tus manos en mis ojos los puedo ver como tú los ves, amar como tú los amas, perdonar como tú los perdonas, hablar como tú les hablas. Quiero verlos a través de tus llagas, a través de los agujeros de tus manos taladradas por amor, ese amor por el que tú te has entregado a mí.

Señor, enséñame a ver de lejos. Que no sólo considere mis intereses. Ensancha mi mundo. Que no me encierre en mi mismo, sino que sea capaz de mirar a los demás y correr hacia ellos.

Que el día final, cuando me hagas el examen del amor, pueda escuchar tu dictamen: "Ven, bendito de mi Padre, porque tuve hambre y me diste de comer, porque tuve sed y me diste de beber, estuve desnudo y me vestiste, preso y viniste a visitarme".

Señor, yo sé que has iluminado mi vida con tu Palabra. Tú no sólo me has ofrecido tu mano para ayudarme a caminar. También has fortalecido mis pies y abierto los ojos.

Ahora soy responsable de cada paso. Gracias porque me has capacitado para superar todos los obstáculos, y no tengo excusas para echar la culpa a nadie de mis fracasos. Soy responsable de mi vida.

LOS DOS CIEGOS Mt 9,27-31

San Marcos nos relata una curación de dos ciegos de manera tan vaga, fría e impersonal, que generalmente pasa desapercibida. Todo mundo prefiere otros milagros más emotivos o curaciones más originales; por ejemplo, los simpáticos ciegos de Jericó. Nadie olvida a Bartimeo y todos recuerdan al ciego de nacimiento.

Estamos ahora frente a un relato que hasta los mismos estudiosos lo hacen de lado, afirmando que es una creación artificial del redactor del Evangelio. Este, tomando como materia prima la curación de los otros ciegos y la del leproso, (Mt 20,29-34; 8,14) presentó esta curación con la única intención de completar diez milagros en su sección narrativa.

De esta manera tan ingenua lo sacan de escena y le restan toda importancia. Sin embargo, aunque esta hipótesis fuera verdadera, la fe nos ilumina para descubrir el objetivo para el cual ha sido incluido en el texto inspirado.

El relato, que aparentemente carece de colores y vida, tiene un mensaje único. Es como un objeto olvidado en el desván que, por hacerse viejo, se convierte en una pieza muy valiosa.

Saliendo Jesús de allí

El evangelista no sitúa el milagro ni en el tiempo ni en el espacio. Pudo haber sucedido en cualquier pueblo y en cualquier fecha. No sabemos ni a dónde iba ni de dónde venía el Maestro. Simplemente se nos presenta a Jesús en movimiento. No está de pie ni sentado, sino de camino.

Este es "el milagro del movimiento", desde el principio hasta el fin, Jesús inicia el desfile, le siguen los ciegos y al final se extiende el mensaje por toda la región. Todos se mueven y caminan.

Le seguían dos ciegos. Estos ciegos, a diferencia de los de Jericó, no estaban sentados. Parece que tampoco eran mendigos que tendían la mano para recibir de los demás. Estos caminan, siguen a Jesús, están en movimiento. Si Bartimeo gritaba sentado, estos lo hacían mientras caminaban.

Es más, el verbo "akoluo", seguir, tiene un sentido teológico: significa imitar el estilo de vida del Maestro, ir por el camino de su Evangelio. La pareja de Jericó siguió a Jesús después de ser curada. Era lo menos que podían hacer. Pero estos lo hacen aún antes de recibir algo.

Ciertamente hay diferentes caminos para llegar a la meta. Unos siguen a Jesús para ser curados, otros porque han experimentado su misericordia. No hay itinerarios fijos. ¿Qué importa el orden de los factores, si el resultado siempre es el mismo?

Gritando: ¡Ten piedad de nosotros! El texto da a entender claramente que insistían en su súplica, por lo cual deducimos lógicamente que no fueron atendidos por Jesús durante un largo período de tiempo. Sus gritos parecían perderse en el espacio y sus lamentos no obtenían respuesta alguna. Sin embargo, no por eso renunciaron a su propósito, sino que continuaron gritando, aunque pareciera que Jesús, escuchándolos, no quisiera atenderlos.

Cuando el Evangelio dice que Jesús iba saliendo (paragonti), da la idea de un continuo movimiento: no se detenía.

Si alguno lo necesitaba, tenía que apresurar el paso para alcanzarlo. Había que luchar contra el gigante invencible de la indiferencia; y lo peor, la indiferencia de Jesús, que

supuestamente estaba interesado en todos los hombres y que hasta él mismo había declarado que había venido a atender a los ciegos.

La oposición generalmente robustece los obstáculos y nos estimula para la lucha, haciéndonos más agresivos y decididos. Pero la indiferencia es el peor enemigo, pues nos desarma antes de entrar en batalla. Es la anemia del espíritu, capaz de matar cualquier esperanza y hacer desfallecer cualquier anhelo. Ante ella se arrían las banderas, se envainan las espadas y se deponen las armas. La indiferencia quita todo deseo de lucha, hasta caer en la decepción y finalmente en la desesperación.

No hay defensa contra ella. Gritar, sabiendo que somos escuchados, pero no atendidos, descorazona a cualquiera. Tocar, pero sin que nos abra el que está adentro, llega a ser desesperante. ¿Quién no se desalienta ante la insensibilidad? ¿Quién no se desconcierta ante el misterioso silencio de Jesús?

El valor de estos ciegos consiste precisamente en no darse por vencidos, a pesar de que todo predice derrota. Su mérito radica en esperar contra toda esperanza, y caminar sin desfallecer, aunque todo les indique que han perdido la brújula.

En el caso de los ciegos de Jericó, eran otros, incluso "muchos", los que se oponían a la petición de los enfermos. Sin embargo, todos ellos no eran sino enemigos externos que simplemente ayudaron a que su postura se fortaleciera. Pero por esta pareja nadie se preocupa, ni por callarlos. No vale la pena tomarlos en cuenta; al fin y al cabo, pronto, desanimados, guardarán silencio sepulcral y se retirarán por sí mismos.

Nunca costó tanto conseguir un milagro como este. Todas las circunstancias están en contra de los enfermos. Ellos, que precisamente tenían dificultad para caminar, debían seguir indefinidamente al Maestro. Eventualmente Jesús sanaba a quienes no se lo solicitaban. También curaba a larga distancia, cuando el enfermo no podía llegar a él.

A veces bastaba una sola palabra para realizar un milagro, pero en esta ocasión Jesús actúa totalmente en contra de su costumbre: camina sin detenerse ante los gritos que a todos molestan, y no se compadece frente a la desgracia de dos pobres hombres...

Le gritan, le suplican, le siguen por todas partes y Jesús no responde. Esta persecución pudo durar varios días, lo cual nos da una mejor idea de la tenacidad de estos dos hombres. Nada, ni nadie, los desanimó. Ni siquiera ellos a sí mismos. Sabían que no tenían nada que perder y se jugaron el todo por el todo. Apostaron cuanto les quedaba y emprendieron la marcha, corriendo el riesgo.

Llegando a casa. Aquí encontramos un detalle muy hermoso, tal vez el más bello de todo el relato: Jesús se cansó antes que ellos. Los ciegos estaban dispuestos a ir hasta el fin del mundo sin detenerse. Pero, por fin, Jesús entró en casa para reposar.

Entrar en casa -expresión muy familiar- ordinariamente se refiere a llegar al lugar donde vivía Simón Pedro a las orillas del Mar de Tiberíades. Jesús, cansado de largas jornadas de trabajo y camino, llega a su casa para descansar un poco. Apenas se sienta cómodamente y estira las piernas, un grito desde la puerta de la habitación lo hace reaccionar:

¡Ten compasión de nosotros, Hijo de David!

Habiendo recorrido tantos kilómetros y vencido tantos obstáculos, no iban a tocar la puerta para pedir permiso de entrar...

¿Creen que puedo hacerlo? Ya era inevitable el encuentro. Estaban frente al escurridizo Maestro, que por fin se acababa de detener; había que aprovechar inmediatamente la oportunidad, antes de que se pusiera de pie y emprendiera de nuevo la marcha.

Ordinariamente Jesús seguía un rito de curación. En esta ocasión pidió una confesión pública de la fe de los enfermos. Para él no habían sido suficientes todos aquellos clamores a lo largo del camino.

Exigía todavía más. Tenían que confirmar serenamente y sin tanto grito, lo que habían proclamado a voz en cuello tantas veces.

Con voz pausada los desafía, preguntándoles: ¿Creen que puedo hacerlo?

Sí, Señor.

Nunca hubo declaración de fe más sencilla y breve que esta. Ellos respondieron con una seguridad total, sin la más mínima duda. Ya habían demostrado sobradamente su fe gritando a lo largo del camino; por tanto, ya no hacían falta largos discursos ni súplicas conmovedoras con sollozos. En sólo dos palabras encerraron la más bella profesión de fe. Nunca se ha dicho tanto con tan poco.

-Sí, Señor- le contestaron, dándole a entender: Claro que sí. No tenemos ni la más pequeña duda. Nada hay imposible para ti. ¿Por qué crees que te hemos seguido por tanto tiempo...?

Creo que nadie en todo el Evangelio, ha mostrado una fe tan perseverante, tan completa como estos dos hombres.

Hágase según su fe. Jesús había sido derrotado. Ya no podía seguir escapando ni ignorando a estos dos hombres tan decididos. El, que había venido a buscar fe, la encontró en grado máximo en esta pareja.

Una vez más se demostraba que la oración era la fuerza de los hombres y la debilidad de Dios.

La medida del milagro tenía su base en la fe, que había llegado a su máxima expresión. Jesús no limitó la curación. La otorgó en la medida en que se creyó en él.

Y se abrieron sus ojos. Tal vez sea ésta una de las frases que sobran en la Biblia. No era necesario que fuera consignada. Si por algún azar de la historia, los antiguos manuscritos se hubieran quemado precisamente antes de estas palabras, todo mundo hubiera supuesto el desenlace. No podía suceder de otra manera.

Los que habían pedido, esperando recibir, debían recibir lo que esperaban.

Sus ojos se abrieron para captar la luz y el movimiento, comenzaron a distinguir formas y volúmenes. Eran capaces de calcular las distancias y reconocer las cosas. Se había logrado la curación completa.

En esta ocasión el evangelista no afirma que el milagro se haya realizado "al instante". En realidad es la sanación que tomó más tiempo para llevarse a cabo. Hubo que recorrer un largo camino para lograrla, después de perseguir y alcanzar a Jesús que no se detenía. Junto con la curación de la hija de la Sirofenicia, son los milagros que costaron más trabajo conseguir.

A quienes acababa de curar, les dio una estricta orden: Tengan mucho cuidado en que alguno lo sepa.

Tal vez el Maestro quería mantener en secreto su identidad mesiánica; tal vez quería protegerse de la multitud que lo asediaba y lo seguía sin descanso; tal vez... Lo cierto es que les prohíbe expresamente publicar su curación.

Entonces los que tanto habían caminado siguiendo a Jesús, emprendieron el viaje de regreso.

Estos andariegos incansables no necesitaban reposo. Inmediatamente se pusieron de pie y volvieron a su hogar. En vez de bastón izaban la bandera de la felicidad, alegría infinita que sólo era opacada porque tenían prohibido compartirla con otros.

Gozaban de cada flor y admiraban las formas de las nubes en el infinito azul del firmamento. Cada pájaro, campo y hasta los burros les parecían maravillosos.

Sin embargo, aquella alegría se iba acumulando tanto, que cada vez les costaba más trabajo mantener el silencio ordenado por Jesús. Parecía que el que los había curado de los ojos les había vuelto mudos.

Pero cuando se encontraron con el viejo amigo y volvieron a ver a sus hijos, se les olvidó el mandato del Maestro.

Sus vecinos y la ciudad entera se reunieron afuera de la casa para saber todos los detalles de lo que había ocurrido. Entonces ya no pudieron aguantar y, entre sollozos, refirieron todo cuanto había sucedido.

Con el ímpetu descontrolado de un volcán en erupción se desbordaron, contando a propios y extraños la buena noticia. Los pasados momentos de silencio no hicieron sino que su testimonio fuera más emotivo y creíble.

La fama de Jesús se extendió por toda la comarca. El Evangelio declara que su fama se extendió por toda aquella región. Ciertamente no la de estos dos curados, cuanto la de aquel que los había sanado. Ellos pasaron a la retaguardia, a un plano tan secundario que todo mundo ya se había olvidado de ellos; hasta los comentaristas y estudiosos los han desaparecido, en aras de una crítica textual.

Sin embargo, ellos siguen caminando por las páginas del Evangelio, testificando que Jesús todo lo puede. Aquellos a quienes se les prohibió hablar, nos siguen diciendo a todos los hombres que basta creer y actuar conforme a nuestra fe, para alcanzar cualquier milagro de parte de Jesús.

EL CIEGO DE NACIMIENTO Jn 9, 1-40

Mientras que San Marcos ha sido generoso y hasta “exagerado” en la narración de milagros y prodigios, San Juan escogió muy cuidadosamente sólo siete, a los que llama “signos”, porque no quiere que permanezcamos en la superficialidad del hecho, sino que lleguemos hasta la esencia del mismo.

Estamos delante del penúltimo “signo”, al que podríamos denominar “el milagro de la misericordia”. Ni el enfermo ni nadie solicitó la curación. Jesús tomó siempre la iniciativa y realizó este milagro por pura bondad. Es el prodigio al que se le ha dedicado más espacio en el Evangelio, hecho que habla de la importancia del mismo.

Antecedentes. Para comprender a fondo este milagro, debemos encuadrarlo en las circunstancias que le preceden:

Cuando Jesús cumplió doce años, provocó una gran preocupación a sus padres al perderse en Jerusalén. Después, durante su ministerio, acostumbraba causar delicados problemas a las autoridades de la ciudad santa, especialmente en el área del recinto sagrado.

Un día que visitó el Templo, sorprendió a propios y extraños, escandalizando: a las autoridades y desconcertando a los suyos. En un abrir y cerrar de ojos derribó las mesas de los cambistas; con un látigo echó fuera bueyes y ovejas. Con ojos fulgurantes y rostro encendido por el celo santo, recriminó a los ventajosos comerciantes. Los corderos salieron balando y las palomas escaparon de sus jaulas, mientras que el dinero tintineaba por las piedras del enlosado y se perdía por las alcantarillas abiertas.

El no podía consentir que la Casa de su Padre se convirtiera en una cueva de ladrones.

Los reclamos de los fariseos no se hicieron esperar, pues consentir con la atrevida actitud del radical predicador de Galilea era como firmar el acta de defunción del productivo negocio del Templo. ¿Qué pasaría, si el pueblo ya no ofrecía más sacrificios de ovejas al Dueño de todos los rebaños de la tierra? Si se acababa el culto, con las limosnas, ¿cómo podría sobrevivir el Creador de todo el oro y la plata del mundo?

Además... las velas y los cirios benditos, las tarjetas postales del Templo y las botellitas con agua curativa de la piscina de Betezda, los escapularios verdes del Carmelo, las novenas al profeta Elías, las estampitas de la Reina de Saba, los diez mandamientos tallados en madera, además de la renta de los productivos locales... ¡se vendría abajo la economía del Templo! ¡Había que proteger los derechos divinos que a Dios no le preocupaban! Los escribas y fariseos se autonombraban los defensores de los intereses divinos.

Lo cierto es que la fe se había comercializado. El becerro de oro rondaba por el Templo. El Lugar Santo se había llegado a prostituir. Epifanes había vuelto a profanar el Templo, y un nuevo Judas Macabeo lanzaba el grito de guerra contra la impureza y contaminación.

Los inversionistas de los artículos de fe se rebelaron y se le acercaron amenazantes, exigiendo una satisfactoria explicación: ¿Con qué autoridad hacía estas cosas? ¿Quién lo acreditaba para actuar de tal manera?

Jesús contestó con maravilloso aplomo, una frase que sus enemigos malinterpretaron:

- Destruyan este Templo y en tres días yo lo reedificaré.

Ellos creyeron que se refería a la imponente construcción cuya restauración había durado 46 años, además del sudor y las limosnas de tantos pobres. Sin embargo, Jesús

hablaba de su propio cuerpo. El era el nuevo Templo, el verdadero lugar de encuentro entre Dios y los hombres.

El maravilloso edificio construido por Salomón había sido destruido por Nabucodonosor, luego reedificado en tiempos de Zorobabel y finalmente restaurado por Herodes. Parecía que nuevamente sería devastado y no quedaría siquiera piedra sobre piedra, para pensar en reedificarlo de nuevo. Dios ya no descendería más a oler la carne quemada de los sacrificios, sino que salía de su cárcel adornada con cortinas de terciopelo y maderas preciosas que le ocultaban en el monte Sión. El Dios eterno y universal no necesitaba de una casa. El había hecho su morada en medio de los hombres. Era un Dios de vivos y no de muertos. Jesús era el único y verdadero Templo.

Casi en cada lugar y circunstancias, el Maestro tenía problemas y discusiones con los responsables de guiar al pueblo de Israel. En el capítulo ocho del Evangelio de Juan encontramos dos violentos altercados de Jesús con las autoridades religiosas: si en el primero escribas y fariseos emprendieron cobardemente la retirada, a mitad de la contienda, en el segundo fue Jesús quien salió huyendo del diluvio de piedras con el que querían sepultarlo.

El encuentro

Apaciguada la tormenta, hubo un breve cese de hostilidades.

Otro día, Jesús caminaba con pasos solemnes por la explanada del Templo, como las blancas nubes que surcan el espacio sin itinerario fijo. Todavía no cruzaba el dintel del Templo, cuando él mismo desencadenó un nuevo conflicto que atraería desagradables consecuencias para sus adversarios.

A la puerta del lugar consagrado para el encuentro de Dios, se hallaba encorvado un limosnero con sus ojos perdidos en el infinito, que tendía una mano al vacío en espera de una dádiva de los piadosos judíos. Su viejo bastón, desgastado del mango, daba crédito de su crónica enfermedad.

Un sacerdote y un levita habían pasado de largo. El primero se hizo desentendido y el segundo fingió ir musitando una oración, con los ojos cerrados para ignorarlo. Atrás venía el predicador de Galilea con los suyos. El mendigo ciego, al presentir el numeroso grupo, volvió a extender su mano esperando recibir algo. Jesús se detuvo y le miró compasivamente. Los discípulos se acercaron y lo rodearon. Unos miraban al ciego, otros observaban impacientemente a Jesús, mientras, Judas metía la mano hasta el fondo de la bolsa buscando la moneda más pequeña.

Uno de ellos rompió el silencio con indiscreta pregunta, que estalló como bomba en los oídos del ciego:

- Rabbí, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?

Mientras el ciego se sonrojaba y recogía su mano, Jesús aclaró enfáticamente:

- Ni él pecó, ni sus padres. Es para que se manifieste la gloria de Dios.

Jesús no respondió el por qué de la enfermedad, sino el para qué de la misma. Cuántas veces, al angustiarse indagando el por qué del sufrimiento, la falta de respuesta satisfactoria es peor que el problema mismo. Es mucho mejor buscar un objeto que de alguna manera está en nuestras manos, que una causa que se esconde en las sombras del misterio.

Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva y lo puso en los ojos del hombre que, impávido, no se atrevía a abrir la boca.

Siloé

El ciego recibió entonces una orden: ir hasta Siloé y lavarse en la piscina: debía atravesar la amplia explanada del Templo, para luego descender la empinada cuesta de Ofel, bordear la Ciudadela de David y de allí continuar por el pedregoso Torrente, pasando por la transitada Fuente de Gijón, a un lado del hipódromo, hasta descender por los resbalosos escalones y por fin lavarse los ojos. ¡Qué complicado!

¿No era mucho más directo ir a la piscina de Betezda, que estaba a unos cuantos pasos? ¿Por qué, si Jesús era tan bueno, no le facilitaba las cosas y le ahorra esfuerzos, considerando que estaba ciego? ¿Por qué no lavarse con agua del mismo Templo, que parecía ser más santa y bendita que cualquier otra? ¿Por qué Jesús no le curaba con una simple oración o una sencilla imposición de manos? Además, ¿qué derecho tenía ese hombre para enlodarlo? ¿Para qué lo ensuciaba? ¿Para mandarlo a lavarse? Por otro lado, Jesús no prometía curación alguna, simplemente le ordenaba: “Ve y lávate”.

El ciego no hizo ninguna de estas "lógicas preguntas". Un cuestionamiento mal planteado podría ser un gran obstáculo que le impidiera obedecer y ser curado.

Siloé significa "enviado", lo cual tiene una doble aplicación:

El primer enviado es Jesús mismo. El Padre celestial lo mandó como luz del mundo con una doble misión: hacer ver a los ciegos y, paradójicamente, ser un sol tan intenso y deslumbrante, que cegara a los que presumían ver.

El otro enviado es el ciego, que obedece sin reservas la orden recibida. El simplemente oyó y sin abrir la boca se levantó, desentumió sus piernas y tomó el bastón para encaminarse a la piscina de la esperanza, donde hizo todo lo que Jesús le había mandado.

En cuanto la fresca agua quitó las costras de barro, sus ojos quedaron limpios y, ante su sorpresa, miraba su propia imagen que se reflejaba en el agua del estanque.

Lo primero que veía en toda su vida era su propia imagen. Se reconocía a sí mismo tal y como era, aunque fuera en el movedizo espejo de una agua agitada por sus manos y enturbiada por el lodo. Después de esto, en Siloé comenzó a encontrarse consigo mismo.

Regresó

No se quedó en la piscina a contemplarse narcisistamente, sino que regresó a toda prisa, no ciertamente a la casa de sus padres, sino a su lugar de trabajo: la entrada del Templo, causando admiración general.

Sus compañeros de limosnas, que por la alegría no acababan de creer lo acaecido, eran los más felices. Un anciano inválido lloraba de emoción. Una mujer sorda tenía suelta la lengua y no dejaba de contar la maravillosa historia de lo que había sucedido esa mañana.

En la explanada del Templo no se hablaba de otra cosa. La noticia del milagro corrió a la velocidad de la luz; traspasó los infranqueables muros del Templo, llegó a los palacios y se albergó en las cabañas de los pobres.

El mismo

En este tipo de acontecimientos las versiones varían, las exageraciones se multiplican y las preguntas sobran. Entre la multitud surgió el comentario que pronto se convirtió en discusión, sobre el hombre recién sanado; unos afirmaban que era el mismo limosnero y otros lo negaban rotundamente. Fue entonces cuando por primera vez el ciego abrió la boca, afirmando categóricamente:

- Soy el mismo, pero diferente.

El punto esencial de la madurez humana radica en reconocer la propia identidad. El ciego identificó su figura exterior en Siloé, pero en el Templo se reconoció a sí mismo. Notemos cómo no afirma: "veo", sino "soy el mismo". Es decir, lo más importante no es la vista recobrada, sino su persona entera. No centra su atención solamente en los ojos sanados, sino en su ser completo.

Le preguntaron qué había pasado, a lo que respondió:

- Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, me lo untó en los ojos y me dijo: "Ve a Siloé y lávate". Yo fui, me lavé y vi.

El gozo y la oposición

Todo el mundo celebraba con gozo desbordado tan inaudito acontecimiento. El Templo estaba de fiesta. La Puerta Hermosa resplandecía más que nunca; todos gozaban embriagados con el vino de la alegría, y celebraban sin inhibiciones su asombro por milagro tan espectacular.

Solamente había pocos que miraban por detrás de las persianas, entre las ventanas semiabiertas. Eran los fariseos, que no se podían contagiar con el alborozo del pueblo, ya que incubaban serias dudas sobre la autenticidad del hecho. Ellos, celosos guardianes de la pureza de la fe, debían verificar cuidadosamente el supuesto milagro bajo la escrupulosa lupa de la Ley. Tenían que hacer minuciosos estudios y análisis clínicos, llamar testigos y buscar especialmente que todo estuviera acorde con la ortodoxia.

Por desgracia, existía un elemento teológico que tambaleaba la autenticidad de aquella curación: era sábado (sabbath), día de riguroso descanso, que prohibía todo trabajo manual, y Jesús se había atrevido a hacer diez gramos de barro para sanar al enfermo. Existía una doble transgresión a la santa Ley del Sinaí: hacer lodo y curar, con el agravante que la falta se había cometido en el mismo recinto sagrado, lo cual sonaba a provocación.

Como legítimos sucesores de Moisés, su papel era hacer cumplir la Ley. Prepararon la acusación partiendo de una premisa falsa: Jesús era un gran pecador, por la simplísima razón de haber hecho barro en sabbath. No importaba la cantidad ni la razón. El fin no justificaba los medios. La Ley era la Ley.

Sin embargo, se les presentaba otro problema que debían despejar: si Jesús era tan pecador, ¿cómo entonces había podido abrir los ojos a un ciego de nacimiento? Discutieron mucho, gastando más saliva en condenarlo que la que Jesús usó para curar al enfermo. Entonces optaron por la solución más simple: el hombre tal no había sido ciego. Cuando no se quiere admitir la verdad, entonces se necesita una serie de mentiras y falsedades para sostener la propia postura.

Quien no admite los milagros, no niega tanto éstos, sino a Jesús que los realiza. El problema de los judíos consistía en que aceptar el hecho extraordinario incluía necesariamente admitir que Jesús era una persona extraordinaria.

Ellos, que menospreciaban al Galileo, no creían en los supuestos milagros. Mandaron llamar al hombre. Se hicieron mil preguntas, pero no escucharon ninguna respuesta. La misma evidencia fue rechazada. Cerraron obstinadamente sus ojos. Los papeles se invirtieron: ellos eran ahora los ciegos, mientras que el limosnero veía con la claridad meridiana. El ciego veía, y los que creían ver se volvieron ciegos.

El riguroso examen al agraciado no les dio ninguna luz para el caso; al contrario, las pruebas que contradecían su postura los confundían e irritaban.

Los padres del ciego

Seguros de que se escondía un engaño atrás del nebuloso asunto, lo buscaron por otra vía: mandaron llamar a los padres del limosnero. Ambos acudieron inmediatamente. Su paternal alegría de ver curado a su hijo, se ensombrecía por el temor de comparecer ante el meticuloso tribunal de escrupulosos escribas y legalistas fariseos, que habían decidido expulsar del Templo a quienes declararan a Jesús como Mesías.

Confirmaron que ese era su hijo. Certificaron que había nacido ciego, pero en cuanto a cómo había recuperado la vista, esquivaron astutamente el compromiso, afirmando que su hijo era mayor de edad para responder.

Los esposos eran gente demasiado buena. Casi santos. Curtidos por el dolor y el desprecio, se habían unido más por la terrible pena de la ceguera de su hijo. Purificados por la humillación, nunca levantaban la cabeza frente a las críticas y murmuraciones. Ciertamente recibieron un elogio y una absolución de Jesús que muchos envidiaríamos: “Ni este ni sus padres han pecado”. Jesús los canonizaba en vida.

Sin embargo, a este ejemplar matrimonio le faltaba algo esencial para entrar al Reino de los Cielos... Se pertenece a él no por no pecar, ya que en el cementerio ninguno peca y sin embargo ese no es el Reino de nuestro Dios, que lo es de vivos y no de muertos.

Para entrar, hay que aceptar a Jesús como el único Salvador y renunciar a nuestros propios medios. Se tiene que pagar el precio de vender las perlas para comprar La Perla Preciosa. Se ha de renunciar a todas las demás seguridades humanas, aun las ofrecidas por el sistema religioso. Al Reino no entran "los buenos", sino "los nuevos", los renovados totalmente, los que han muerto para renacer.

Muchas veces se ha alabado la hábil política de esta pareja para salir bien librados de la escabrosa situación. Los comentaristas reconocen su inteligencia para evadirse de la excomunión. Sin embargo, fue la peor decisión que pudieron hacer en toda su vida.

Prefirieron a los que repetían lo que Moisés decía que Dios le había comunicado, que a la Palabra de Dios. Prefirieron seguir en el Templo de Jerusalén que estaba a punto de ser destruido, que ser piedras vivas del Nuevo Templo. Prefirieron la luz de la luna, que el sol que ilumina a la luna.

Ellos estaban más ciegos que su hijo. Tal vez más que llamarlos "los padres del ciego", había que identificarlos como "los padres ciegos".

Quien es testigo de un milagro, aunque lo admita como tal, no necesariamente acepta a Jesús. Hay quienes reconocen las curaciones, pero no aceptan a Jesús como su Señor y Salvador. La fe no es cuestión de admitir la fenomenología de un hecho extraordinario: se trata de otro nivel, que no se percibe con los ojos de la carne ni se toca con las manos.

La ofuscación ante la evidencia

Por su parte, los fariseos no habían conseguido sino una prueba más en su contra. Entonces su confusión se convirtió en ofuscación.

Más que nunca estaban decididos a descubrir la mentira, costara lo que costara. Estaban decididos a llevar la investigación hasta las últimas consecuencias. Tenían que encontrar la falsedad, aunque antes tuvieran que fabricarla.

Entonces mandaron traer de nuevo al hombre; para otro exhaustivo interrogatorio. Bajo juramento le conminaron para que confesara la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Querían que por un lado negara lo único de lo que estaba absolutamente seguro,

mientras que por otro trataban de probar que Jesús era un gran pecador. Iniciaron su argumentación con esta solemne acusación:

- ¡Ese hombre es un pecador!

Levantó los hombros, y respondió con una sonrisa:

- Ustedes juzguen si es pecador. Yo no. Es más, ni me interesa. Lo único que sé es que lo he experimentado. Ustedes sigan complicándose la existencia con la cuestión teológica. A mí me curó. Yo nací ciego y ahora veo. Yo no tengo ninguna dificultad. Los del problema son ustedes.

El que había callado oportunamente, sabía hablar cuando era necesario. Sólo quien es capaz de guardar silencio puede proclamar con poder. Parece que al abrir los ojos, se le soltó también la lengua.

El hombre estaba firmemente parado en la roca de los hechos. Los fariseos se resbalaban en las arenas movedizas de su pobre teología. Los fariseos, sin escuchar ni atender las irrefutables pruebas del ex ciego, siguieron tercos en sus razonamientos.

Entonces, como agentes de policía que buscan contradicción en las declaraciones, le preguntaron:

- ¿Qué hizo contigo? ¿Cómo te abrió los ojos?

No buscaron saber el modo como fue realizado el milagro, ya que lo negaban a posteriori. Lo que no les cabía en la cabeza era cómo un pecador que cometía el gravísimo e imperdonable pecado de hacer lodo en sábado, podía curar a un ciego de nacimiento.

Sus estructuras teológicas eran tan rígidas, que no podían estar permeables a las sorpresas del Espíritu que actúa por medios inéditos. Por eso trataron de mantener el equilibrio en frágiles andamios de una teología anquilosada.

El hombre, tipo de cristiano que ha visto la luz de Cristo, respondió con inusitada valentía. El, siempre a sus pies, pidiendo limosna; él, siempre callado ante los juicios condenatorios; él, que no podía entrar al Templo, contestó en forma por demás atrevida, que hasta parecía una falta de respeto a las autoridades religiosas de Israel:

- Ya les he dicho tres veces cómo lo hizo... Me oyeron, pero no me escucharon. ¿Para qué quieren que lo repita una vez más, si les entra por un oído y les sale por otro sin que se albergue en su corazón? Ustedes, aparte de ciegos, están sordos en su corazón... ¿Para qué quieren oírlo una vez más? Yo no quiero gastar más saliva en este asunto, ya que mi saliva no los curará de su ceguera.

Los fariseos estaban trinando de coraje. Entonces el hombre tocó la llaga abierta y removió la espina en la herida:

- ¿Es que también ustedes quieren ser discípulos suyos?

Estas palabras eran un balde de gasolina sobre la hoguera, que levantó una llamarada de injurias e imprecaciones. Perdieron toda cordura y hasta, olvidando los mandamientos de Moisés, comenzaron a maldecir en sábado. Para ellos estaba prohibido bendecir en sábado, pero sí tenían derecho a maldecir en el día de descanso.

Entonces dieron el argumento de fondo: "Nosotros somos discípulos de Moisés, al cual Dios le habló...".

Su fe estaba afianzada en el legislador que les había mandado guardar el sabbath.

Prefirieron quedarse con el mensajero, que con el Mensaje; con el servidor de Dios, que con el Señor de Moisés; con la letra que mata, más que con el Espíritu que vivifica. En fin,

optaron por el que escuchó a Dios, más que por El que le habló a Moisés. Para ellos Moisés era un obstáculo que les impedía reconocer al Mesías.

Los fariseos esgrimieron un argumento teológico de peso: Moisés, el legislador. Parecía que la santa tradición era un fuerte impedimento para aceptar a Jesús. Sin embargo, en el fondo, el problema no era su teología, sino su pobre teología, ya que la ciencia debe ir acompañada necesariamente de la experiencia. Por tanto, a los fariseos no les sobraba teología, les faltaba.

Valiente respuesta

El hombre no se dejó impresionar por los fariseos. Siempre había vivido humillado frente a las autoridades de Jerusalén que lo habían condenado como pecador hereditario, mas ahora él bien sabía que no era pecador ni sus padres lo habían sido. Se lo había dicho el mismo que lo había curado. El le creía más a Jesús que a sus acusadores. Al recuperar la vista recobró la dignidad y ya no se agachaba ante la autoridad, ni consentía silenciosamente ante los argumentos de los supuestos maestros.

Su teología tenía como base una experiencia y no sólo una letra muerta. El tomar conciencia de su dignidad, le dio fuerza para enfrentarse valientemente a quienes lo habían acomplejado a causa de sus supuestos pecados. Entonces defendió abiertamente a Jesús.

- Jesús cumple la voluntad de Dios, aunque no cumpla la Ley del Sinaí. Ustedes, en cambio cumplen la Ley, pero no hacen su voluntad, porque la voluntad del Dios del Sinaí es que crean en su enviado.

Encendidos por el odio y el coraje, se taparon los oídos y comenzaron a gritar con los ojos cerrados:

- Naciste todo en pecado ¿y nos vas a enseñar a nosotros?

Este es el único caso en toda la Biblia, en que se acusa a una persona de ser pecadora desde la punta de los pies hasta la coronilla. Los que no querían admitir que había nacido ciego, afirmaban categóricamente que nació todo en pecado.

La reacción del hombre es maravillosa. Ya no contesta. Parece que la ofensa se le ha resbalado y la ignora completamente. ¿Cómo podrán ofenderlo si él está seguro, ya que el mismo Jesús le había afirmado que no nació en pecado? Cree más en las palabras del Maestro, que en los insultos de los fariseos.

El tiene absoluta seguridad en sí mismo. No hay por qué reaccionar con violencia. El hombre que defendió a Jesús cuando fue acusado de pecador, no se defiende a sí mismo de la misma falta, ya que el mismo Jesús lo había absuelto. A él no le afecta ya tal cargo.

La excomunión

Entonces los escribas recurrieron al cobarde recurso de los débiles: lo expulsaron de la comunidad de Israel y lo excomulgaron de todas las sinagogas. Jamás podría ya entrar al recinto sagrado del Templo de Jerusalén.

El se sonrió burlonamente. ¿Cómo le prohibían entrar, si siempre lo habían dejado afuera? ¿Cómo le impedían orar de pie en el Templo, si siempre había permanecido sentado a la puerta?

La excomunión no le afectó lo más mínimo. Nada, absolutamente nada perdió. Lo expulsaban de la capillita provisional que el Dios eterno se había erigido en el monte Sión, pero ahora se encaminaba a la Catedral eterna y definitiva.

La comunión

Jesús dio con él. El no buscaba a Jesús. Es Jesús quien lo busca y lo halla. Al dejar la "sucursal", se encuentra con la "matriz". Ya no podrá escuchar nunca más a los que repetían las palabras de Moisés, pues estaba frente al mismo que le había hablado a Moisés. Ya no querrá regresar al viejo templo, porque el nuevo ha venido hasta él.

Jesús le preguntó:

- ¿Crees tú en el Hijo del Hombre?

El respondió con la sencillez y la lógica de un hombre práctico:

- ¿Dónde está para que yo crea en él? Mi problema no es creer, sino encontrarlo.

Ábrame los ojos para verlo, e inmediatamente me entregaré a él.

Firmaba el cheque en blanco para creer sin condiciones. Era un acto supremo de fe. Ya creía, aun antes de haber visto.

Entonces Jesús le abrió los ojos del alma y se autopresentó:

- Yo soy el Mesías. Yo soy el enviado por Dios. Yo soy el nuevo, único y definitivo Templo donde el hombre se podrá encontrar con Dios. Ha llegado la hora en que ni en Jerusalén, ni el Garizim, se podrá adorar a Dios, sino sólo en mí y a través de mí. Yo soy el único mediador entre Dios y los hombres. Moisés ya terminó su misión.

El ciego abrió nuevamente la boca para confesar abiertamente su fe, proclamando con sus labios lo que creía en su corazón, lo que veía con sus ojos y lo que experimentaba en todo su ser. Y como muestra de que su fe era de cuerpo y alma, interior y exterior, se postró ante Jesús.

Ordinariamente los judíos oraban de pie. Sólo en contadas ocasiones, cuando una manifestación excepcional de Dios así lo exigía, se postraban rostro en suelo frente a la majestuosa presencia de Dios.

El hombre había sentido esta presencia como Isaías en el Templo, o como Moisés en el Horeb. Ya no se postraría más frente a una pared o atrás de un velo que oculta la presencia del Invisible. Ante sus ojos, bien abiertos, está descubierto el Señor de los Señores, el mismo Dios de sus Padres.

Ya no estaba a la puerta del Templo pidiendo limosna. Se había internado a lo más íntimo del Santuario: hablaba con el Inefable, veía al Invisible, tocaba con sus manos al Verbo de Vida.